

Epejos

*Beatriz Orosco**

Una vez más, Eduardo Galeano nos sorprende y deleita con su escritura tersa, lúcida y cargada de punzante humor.

Su último libro, *Espejos. Una historia casi universal* (Siglo XXI Editores), nos lleva a través de los tiempos y las latitudes a encontrarnos con personajes disímbolos, brillantes algunos, creadores, transformadores del universo y otros siniestros, oscuros y retrógados.

En textos muy breves –como sus artículos periodísticos– parte de los orígenes y aborda caprichosamente épocas, continentes y problemáticas.

Veamos el epígrafe:

Padre, píntame el mundo en mi cuerpo.
(Canto indígena de Dakota del Sur).

De entrada, aparece un cuerpo que pide ser inscripto. Luego, a modo de obertura dice:

Los espejos están llenos de gente.
Los invisibles nos ven.
Los olvidados nos recuerdan.
Cuando nos vemos, los vemos.
Cuando nos vamos, ¿se van?

Nos interpela desde el inicio, nos señala habitados, rodeados, mirados y nos plantea un enigma.

* Maestra de psicología clínica, UNAM. Psicoanalista.

Así investidos, podremos adentrarnos en esta “historia *casí* universal”, con falta, con agujeros, fragmentaria. Galeano no pretende totalidades ni verdades absolutas.

En textos breves plenos de humor, muy negro a veces, recorre el mundo, aborda orígenes, fundaciones (de las clases sociales, la división del trabajo, la escritura, el racismo), prohibiciones, horrores, prejuicios y también creación, pensamiento, inteligencia, espíritu de lucha.

Propone un recorrido sorprendente, arbitrario y que sin embargo va haciendo trama, tejido. Los hilos más visibles son: la dominación, el fundamentalismo, la guerra, la rebeldía, la transgresión del orden establecido, la fuerza creadora.

Reflexiona sobre la condición humana:

Ya no sabemos si somos obras maestras de Dios o chistes malos del Diablo. Nosotros, los humanitos:

los exterminadores de todo,...

los únicos que matan por placer,

los únicos que torturan,

los únicos que violan.

Y también

los únicos que ríen,

los únicos que sueñan despiertos,

los que hacen seda de la baba del gusano,

los que convierten la basura en hermosura,

los que descubren colores que el arcoiris no conoce,

los que dan nuevas músicas a las voces del mundo,

y crean palabras, para que no sean mudas

la realidad ni su memoria.

Sobresalen los personajes que interrogan, insisten y crean: Tales de Mileto, Tomás Moro, Darwin, Sukaina, bisnieta de Mahoma, Mozart.

Veamos qué nos dice de Tales:

Hace dos mil seiscientos años, en la ciudad de Mileto, un sabio distraído llamado Tales paseaba en las noches, y espiando estrellas solía caerse en algún pozo.

Tales, hombre curioso, pudo averiguar que nada muere, que todo se transforma y que nada hay en el mundo que no esté vivo, y que en el origen y en el fin de toda vida está el agua. No los dioses: el agua. Los terremotos ocurren porque la mar se mueve y alborota la tierra, y no por las rabietas de Poseidón. No es por gracia divina que el ojo ve, sino porque el ojo refleja la realidad, como el río refleja los arbustos de las orillas. Y los eclipses ocurren porque la luna tapa el sol, y no porque el sol se esconda de las iras del Olimpo.

Tales, que en Egipto había aprendido a pensar, predijo los eclipses sin error, sin error midió la distancia de los barcos que venían de altamar, y supo calcular exactamente la altura de la pirámide de Keops por la sombra que proyectaba. Se le atribuye el teorema más famoso, y cuatro más, y hasta dicen que descubrió la electricidad.

Pero quizá su gran hazaña fue otra: vivir como vivió, desnudo del abrigo de la religión, sin consuelos.

La religión opresiva y sometidora es tema de muchos de sus relatos.

Se detiene en las mujeres que logran ir más allá de las prohibiciones y los prejuicios: Sor Juana, Emily Dickinson, las hermanas Brontë y también las desconocidas como:

Las contrabandistas de palabras.

Los pies de Yang Huanyi habían sido atrofiados en la infancia. A los tumbos caminó su vida. Murió en el otoño del año 2004, cuando estaba por cumplir un siglo.

Ella era la última conocedora del Nushu, el lenguaje secreto de las mujeres chinas.

Este código femenino venía de tiempos antiguos. Expulsadas del idioma masculino, que ellas no podían escribir, habían fundado su propio idioma, clandestino, prohibido a los hombres. Nacidas para ser analfabetas, habían inventado su propio alfabeto, hecho de signos que simulaban ser adornos y eran indescifrables para los ojos de sus amos.

Las mujeres dibujaban sus palabras en ropas y abanicos. Las manos que los bordaban no eran libres. Los signos, sí.

La historia insiste y se repite en las mujeres:

En siglos diferentes, y en diferentes orillas de la misma mar, Juana, la mexicana, y Teresa, la española, defendían por hablado y por escrito a la despreciada mitad del mundo.

Como Teresa, Juana fue amenazada por la Inquisición. Y la Iglesia, su Iglesia, la persiguió, por cantar a lo humano tanto o más que a lo divino, y por obedecer poco y preguntar demasiado.

Con sangre, y no con tinta, Juana firmó su arrepentimiento. Y juró por siempre silencio. Y muda murió.

Como sus otros libros (*Las venas abiertas de América Latina*, 1971; *El siglo y el viento*, 1986; *Bocas del tiempo*, 2004), cada uno de los espejos que Galeano nos presenta, nos permiten lograr un instante de placer del que no queda excluido el dolor de constatar la difícil y contradictoria condición humana.